

Los fantasmas de la razón y la sinrazón del fantasma

Coloquio “Nuevas Locuras” * 18 de febrero de 2011

Carlos Fernández Gaos

Círculo Psicoanalítico Mexicano A.C.

En la vida cotidiana locura y razón están en oposición y los deslices de estas interlocuciones conllevan juicios que atañen a la realidad y a la veracidad.

En la posmodernidad, el estatuto de autoridad regulatoria de la vida de los sujetos, lo tiene la razón científica. Las nuevas locuras son las de esta razón que hace abstracción de los sujetos singulares imponiéndoles una razón normal, normada, un fantasma normal. Las nuevas locuras son modos de gozar según el fantasma de la razón. A la anorexia no le sobra cuerpo, al contrario, le falta cuerpo, por eso le sobra carne, le falta el cuerpo que el ideal científicista le expropió, el cuerpo que canjeó por ese ideal de cuerpo normal, normado, rentable. A las adicciones las escuchamos mejor como adicciones, añadir sensaciones y experiencias ante la insuficiencia de las que están prescritas o para paliar los estragos de una vida impropia. El piercing y los tatuajes son aún más elocuentes de este guión. Todo ha de darse dentro de las coordenadas que garanticen la razón del dominio como si fuera el dominio de la razón.

Entre locura y razón hay una suerte de relación de oposición, de modo que es frecuente escuchar afirmaciones tales como “está loco, perdió la razón”, o, “es una locura, habla sin razón”, o, todavía más, en casos inversos “tiene razón en lo que dice, así son las cosas”, etc. Los deslices de estas interlocuciones conllevan juicios que atañen a la realidad y a la veracidad de lo dicho. Todo sucede como si se diera por sentado que algo es real en la medida que se ajusta a la razón y, en consecuencia, es verdadero, confiable, cierto. Por otro lado, se da por supuesto que la razón deriva de la realidad, a fin de cuentas la razón es una realidad humana y es, entonces, consonante con la realidad toda. Y si la realidad es lo verdadero, entonces el enunciado de la razón es también verdadero. Si es razonable, entonces es real, y si es real, entonces es verdadero. Desde luego no pretendo abrumarlos con más ejemplos de lo que implican estos diálogos coloquiales, que suelen ignorar los debates que en torno a estas categorías ha producido la humanidad a lo largo de, prácticamente, toda su historia.

Si me he referido a ellos es precisamente con el propósito de poner el énfasis en que la gente común vive al margen de las reflexiones filosóficas, académicas y científicas, y amalgama algunas de las noticias que provienen de ellas, a las que irremediamente está expuesta, de modo que le complacen. Y ¿en que consiste esta complacencia? Parafraseando a Freud refiriéndose al pequeño Hans, porque preferimos “aferrarnos a ese fragmento de verdad de una teoría conquistada”, aferramiento que atempera la angustia de nuestro desamparo, y qué mejor si esa teoría está construida con la minuciosa y estricta vigilancia de una razón probada, ya sea por haber perdurado, por haber sido verificada, o por cualquier otro motivo, aunque absurdamente paguemos el precio de resignar nuestro mundo íntimo, como si por ello dejara de insistir.

Nietzsche lo había dicho ya:

[...] la meta parecía establecida, dada, postulada desde fuera, -es decir, por alguna autoridad supra-humana. Tras haber perdido la fe en tal autoridad, se anda por costumbre en procura de otra autoridad susceptible de hablar en términos absolutos y de fijar metas y tareas. [...] Se quisiera eludir la volición, la aspiración a una meta, el riesgo inherente a eso de fijarse uno mismo una meta, se quisiera eludir la responsabilidad [...]¹

En la posmodernidad, el estatuto de autoridad le fue concedido a la razón científica. Si la sociedad industrial nació atribuyendo a la ciencia la posibilidad de su nacimiento, el insaciable capitalismo actual se ha encargado de retribuírselo, haciendo de la actividad científica el paradigma, por excelencia, de las respuestas y, por ende, de la naturaleza y términos de las preguntas y de las formas de búsqueda.

Se dice que la ciencia ha transformado a la sociedad, y por cierto que así es, pero no sólo por los cambios operados en la vida cotidiana por la tecnología que produce, sino también por condicionar el modo de formular los problemas cotidianos, el modo de pensarlos, y por inhibir la posibilidad de reivindicar la vivencia personal cotidiana, bajo riesgo de descalificación y marginación.

El lenguaje común, el sentido común, impreciso, disparatado, falaz, a los ojos de esta ciencia, tendrá que perder todos sus contenidos, afectivos, íntimos, subjetivos, y ser traducidos al lenguaje inequívoco, impersonal, omnipotente de la ciencia, para hacerlos inteligibles y susceptibles de tratamiento con los recursos conceptuales e instrumentales

¹ Nietzsche, F. *La voluntad de poder. El nihilismo* En: Obras Completas. Vol. IV. Ed. Prestigio, B's A's. P.440.

previstos en su lenguaje. En otras palabras, tendrán que alienarse a las disposiciones de la razón científica, si es que han de ser comprendidos, explicados y tratados.

Pasando ahora al tema de este Coloquio, el término locura es más un adjetivo que un “diagnóstico”, o, en todo caso, habría que indagar el contenido adjetivante que existe en todo diagnóstico, palabra ésta que etimológicamente se refiere a “distintivo que permite distinguir”², pero que no se refiere a los términos o premisas sobre las que se asienta tal distinción, ni a la adjudicación del distintivo. Bastaría echar una rápida mirada a lo que desde los años 60’s había dicho Georges Canguilhem en relación a la noción de lo normal, para darse cuenta del calificativo moral que porta el término “locura”. Cito:

“Cuando se sabe que *norma* es la traducción latina de ‘escuadra’ y que *normalis* significa ‘perpendicular’, se sabe casi todo lo que hay que saber acerca del dominio del que surge el sentido de los términos ‘norma’ y ‘normal’, trasladados luego a una gran variedad de otros dominios. Una norma, una regla, es aquello que sirve para hacer justicia, instruir, enderezar. ‘Normar’, ‘normalizar’, significa imponer una exigencia a una existencia, a un dato, cuya variedad y disparidad se ofrecen, con respecto a la exigencia, más aún como algo indeterminado y hostil que simplemente como algo extraño”.³

De acuerdo con esto, hablar de locuras es hacer un distingo con respecto de una norma. Distingo que conlleva la carga de algo hostil que hay que enderezar, normalizar, normar, por supuesto que conforme a lo que la norma dicta como normal. Norma que, en la posmodernidad, se fundamenta en la razón, pero nótese, no en la actividad racional en general, sino en una en particular que se ostenta como garantía de arribo a conclusiones verdaderas, verídicas y verificables: la razón científica en su versión científicista. Las nuevas locuras son las de una razón que hace abstracción de un sujeto razonante en sus propios términos, esto es, sujeto a su propio inconsciente, a sus particulares fantasmas, para que esté normado por una razón normal, un fantasma normal.

No está loco el que perdió la razón, sino el que la tiene toda. El tema de este coloquio “Nuevas locuras” no alude necesariamente a los sujetos individuales, sino también a una condición de la cultura. La cultura científicista, entonces, está loca.

² Corominas, J. Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana. Ed. Gredos, Madrid. 2000.

³ Canguilhem, G. “Lo normal y lo patológico”. Siglo XXI Eds. 1978. p. 187.

Este lugar de Gran Otro en el que se sitúa el científicismo, que dicho sea de paso, traducido literalmente al inglés se lee Big (br)Other, como el de la novela de Orwell, aunque por más big que sea no alcanza a ser father, no es más que un modo de recusar la castración. Una cabal modalidad fantasmática que recorre prácticamente todos los ámbitos, incluido el psicoanalítico, cuando en él se convierte a sus discursos en nada más que una especie de casa de citas de lo que uno u otro autor han dicho, como si hubieran enunciado una verdad incuestionable.

No basta la congruencia con un discurso, es necesaria la consistencia en un propósito más allá de las posturas teóricas, puesto que no se trata de comprobar a cada paso la certeza o veracidad de lo enunciado, sino de encontrar sus límites y sus alcances.

Me referí al fantasma porque es éste el que detiene al goce, al mismo tiempo que permite otra forma de gozar aunque, al que aludo, dicta, directamente, los modos admisibles de goce. Por decirlo de otro modo, si en tiempos de Freud el superyó, subrogado del padre, tenía moral, el actual tiene razón. Razón de la que, precisamente, el padre de carne y hueso se hace vocero, valga la resonancia con “voz cero”. El discurso de la ciencia es adscrito al padre muerto de la horda, es él quien tiene La Razón, así, con mayúsculas.

Las nuevas locuras son modos de gozar según el fantasma de la razón. Razón que acalla la voz propia, tortura el cuerpo, establece los vínculos, sanciona ideales, juzga pensamientos, regula deseos. Difícil no ver en esta razón la pretensión de tomar en relevo el lugar de los dioses que exilió. Aún más, este científicismo en su loco afán de búsqueda de las causas últimas reduce lo humano a esas sus coordenadas en las que todo es manejable y controlable: Los cambios de ánimo no son más que cambios hormonales, las adicciones cambios en la fisiología celular, el pensamiento transmisión neural, el afecto, el comportamiento, y, en suma, todo despliegue posible del sujeto, tiene un origen orgánico, incluso a veces gen-ético, dicho así, con un guión que separa gen de ético, para hacer más evidente el establecimiento y la institucionalización de una cabal ética fundada en un origen que se pretende real y tangible. Permítaseme, a manera de ejemplo, citar un párrafo extraído de una celebrada obra de psiquiatría publicada en nuestro país:

[...] el logro más importante de la psiquiatría en la segunda mitad del siglo, ha sido reunir a la mente y al cuerpo a través de los métodos de la investigación científica, establecer el estrato neural de los desórdenes del pensamiento, del afecto y de la

conducta [...] Las neurociencias están derribando poco a poco los últimos obstáculos que separan al hombre del conocimiento de sí mismo [...] ⁴

Como puede entenderse de esta elocuente cita, la mente es asimilada en las funciones del sistema nervioso, las funciones intelectuales, los sentimientos y el comportamiento, todo, en consecuencia, quedaría descrito y explicado a través de los estratos neurales, por tanto, estamos en el umbral del conocimiento de nosotros mismos, lástima que no sea otra cosa más que conocer nuestra biología.

Sumisos ante la omnipotencia de un discurso que ostenta el saber sobre lo que pasa y angustiados ante la ignorancia de lo que les produce sufrimiento, los dolientes callan cómplicemente y dejan que el poder del saber les restituya el silencio de su cuerpo, sin saber que con mucha más frecuencia de la que se supone, lo que cura es la persona del médico, no el medicamento ni el saber. El cuerpo silenciado es signo de salud, pero el silencio del cuerpo no es el de los órganos, y aún más, cabría preguntarse si no es el silencio mismo del cuerpo el que provoca el grito de los órganos.

Desde luego que tal poder adjudicado a ese saber, es capaz de establecer el curso de la dolencia y hasta de prescribir el régimen que conduciría a evitar su ocurrencia.

Las perforaciones, los cortes del cuerpo, los tatuajes, los cuerpos esqueléticos, las adicciones, etc., todo eso que podría quedar incluido en la categoría de locuras, no es sino el modo contemporáneo en que el sujeto se rebela, de rebelión, aunque con despropósito, a ese fantasma que, habiendo sido incorporado, no alcanza, sin embargo, a obturar al pertinaz deseo que exige para sí la inmediata satisfacción que le fue prometida. Ese futuro de pureza, de verdadera asepsia de lo subjetivo, que como contaminante vuelve impredecibles e inmanejables las vicisitudes humanas, está siempre diferido y termina por precipitar al sujeto en sus más narcisistas orígenes. Dicho en otros términos, dada la adopción de un ideal ajeno al ideal del yo gestado y gestionado en su propia historia, el yo ideal es tomado por ideal del yo y la satisfacción actual e inmediata de su deseo será su demanda, no sin pagar el tributo de ofrecer su cuerpo como divisa. El ideal de un futuro homogeneizante que clausura la posibilidad de las identificaciones personales, no da lugar más que a una prolongación de la infancia.

El cuerpo se somete a las prescripciones del saber, aunque en sus rincones reserva para sí la cuota de distintivos personales que afianzan las identificaciones del sujeto. Las

⁴ De la Fuente, R. *Nuevos caminos de la psiquiatría*. Ed. F.C.E., México, 1990. p.33.

“locuras” que hieren el cuerpo, que lo laceran, pueden ser escuchadas, dependiendo de la postura que tome quien las escucha, como voces insólitas que, con el escándalo de su sangre y la estridencia de sus adornos, gritan demandando la restitución de una soberanía fundada en la historia propia de quien es su adjudicatario.

Así, las locuras actuales son prótesis que intentan compensar el muñón que dejó como saldo el pedazo de cuerpo que el cientificismo arrebató al sujeto. El fantasma del cientificismo expropia el cuerpo pulsional convirtiéndolo en retazos cuyo funcionamiento está regido nada más que por su bioquímica. No obstante ignora que eso no satisface a las propias pulsiones. Cosifica las pulsiones y reduce todo lo humano a sus estratos físicos mínimos, celulares, cromosómicos, depurándolo de todo aquello que impida hacerlo rentable, comercializable, enajenable.

A la anorexia no le sobra cuerpo, al contrario, le falta cuerpo, por eso le sobra carne, le falta el cuerpo que el ideal cientificista le expropió, el cuerpo que canjeó por ese ideal de cuerpo normal, normado, rentable.

A las adicciones las escuchamos mejor como adiciones, añadir sensaciones y experiencias ante la insuficiencia de las que están prescritas o para paliar los estragos de una vida impropia. El piercing y los tatuajes son aún más elocuentes de este guión, añade ornamentos al cuerpo, al semblante, como creación personal que no sólo esquiva la vigilancia del Big brOther, sino que le resta dominio sobre ese cuerpo que con estos artilugios es ahora apropiado.

Los discursos de regulación de los cuerpos desdeñan, implícitamente, el atributo natural en el que supuestamente se fundan. Manipulan su anatomía de acuerdo con normas estéticas, modifican su fisiología en favor de su “salud” e, incluso, le trazan una historia en la que sus vicisitudes sean previsibles. Todo ha de darse dentro de las coordenadas que garanticen la razón del dominio como si fuera el dominio de la razón. Solamente parece quedar al sujeto hacerle las marcas que lo restituyan como territorio propio dándole, al mismo tiempo, una inscripción en un imaginario que reniega del impersonal goce al que, de otro modo, estaría condenado.

El dominio sobre el cuerpo es un modo de gozar de él. Pero este goce no tendría que implicar estar sujeto a los riesgos y peligros que predicen los discursos que intentan someterlo a sus fueros. El temor al desastroso futuro previsto perturba su apropiación, lo cual implica volverse hacia el pasado y hacer de la historia original, entiéndase el yo ideal del narcisismo, la única identificación posible.

Hay otras muchas nuevas locuras que faltaría integrar en este inventario, la violencia, que no es sino otro modo de reivindicar a un ser exiliado de sí mismo. En palabras de Pommier:

“... cuando la nada acecha desde tu interior y amenaza con dejarte extraño a ti mismo, acuérdate del extranjero y bendícelo, a él que puede llevar ese fardo por ti, esa parte de ti que odias [...] En mí, algo me trabaja y me separa de mí. Preferiría creer que es tu error, que tú causas esa defeción. Una nada me aspira, pero preferiría anularte a ti, mi semejante que se me parece tanto. Entre tú y yo circula una sola nada y si te elimino, soy.”⁵

El efecto magnético que ejerce la pureza prometida por el discurso cientifizante, se deja ver también en el frenesí de la violencia contra el extranjero, en contra del de otra raza, de otra clase, en contra de los que atentan contra la salud, contra los que no respetan la pureza de la naturaleza, incluso en contra de los opuestos a la dictadura de esa razón; en suma, en contra del otro semejante aunque diferente.

En la cultura del posmodernismo, el “narcisismo de las pequeñas diferencias” como lo llamaba Freud, está más exacerbado que en sus tiempos. Para entender esto, tenemos que considerar que es lo propio del primer tiempo del narcisismo procurarse sus placeres, y eso incluye ahora una tenaz defensa del incipiente sustituto de quien antes del tiempo de la noche del mundo garantizaba la recusación de la castración.

Para terminar, permítanme compartirles una parábola de Paul Claudel en la que se sintetiza, de manera más que elocuente, lo que les he expuesto. La parábola se refiere a dos personajes Animus, que representa el espíritu y la filosofía, y Anima, el alma y la poesía:

“No todo va bien en el matrimonio de Animus y Anima, del espíritu y del alma. Ha pasado ya mucho tiempo desde la luna de miel, Anima podía hablar a su antojo y Animus la escuchaba con deleite. Después de todo ¿no fue Anima la que aportó la dote y mantiene el matrimonio? Pero Animus no se dejó reducir por mucho tiempo a esa posición subalterna y pronto reveló su verdadera naturaleza vanidosa, pedante y tiránica. Anima es una ignorante y una tonta, nunca fue a la escuela, mientras que Animus sabe muchas cosas, ha leído muchas cosas en los libros, aprendió a hablar con

⁵ Pommier, Gérard. *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Ed. Nueva Visión. B's A's, Argentina, 2002. p.26.

una piedrita en la boca y ahora, cuando habla, habla tan bien que todos sus amigos dicen que no se puede hablar mejor de lo que él habla. No se acaba de escucharlo. Ahora Anima no tiene derecho a decir ni una palabra. Él le quita, como se dice, las palabras de la boca; él sabe mejor que ella lo que ella quiere decir y, por medio de sus teorías y reminiscencias, todo lo resuelve, todo lo arregla tan bien, que la pobre tonta ya no entiende nada (...). Él inventa cosas para hacerla sufrir y para ver lo que dirá, y por la tarde les cuenta todo eso a sus amigos en el café. Mientras tanto, ella se queda en casa, en silencio, prepara la comida y limpia lo mejor que puede... Un día que Animus regresó de improvviso, o quizás mientras dormitaba después de cenar, o quizás mientras estaba absorto en su trabajo, escuchó a Anima cantando sola, detrás de una puerta cerrada: era una curiosa canción, algo que él no conocía; no había manera de encontrar las notas o las palabras o la clave. Una extraña y maravillosa canción. Desde entonces él ha tratado socarronamente de que ella la repita, pero Anima se hace la desentendida. Ella se calla cuando él la mira. El alma calla cuando el espíritu la mira”.⁶

yot'an
clínica
psicoanalítica

⁶ Paul Claudel, *Parabole d'Animus et d'Anima: Poue faire comprendre certaines poésies de Rimbaud. Positions et Propositions*. Bibliothèque de la Pléiade. Gallimard. Paris, 1965, pp. 27 y 28. (tomado de Adriana Yáñez Vilalta. *Actualidad del movimiento romántico*. Aportes de investigación/49. UNAM, CRIM. 1991).